

Las insuficiencias de la democracia contemporánea. Una crítica de las teorías de la transición

H.C.F. Mansilla

No hay duda de las ventajas de la democracia en comparación con regímenes autoritarios y totalitarios, especialmente si se toma en cuenta el punto de vista de la población involucrada. Y también desde una perspectiva de largo aliento es indispensable contar con una sociedad que sea más o menos consciente de sí misma, aunque esa autoconsciencia crítica sea detentada por una porción exigua de la misma y pese a que las grandes masas no aceptan, por ejemplo, las consecuencias prácticas de políticas públicas destinadas a proteger la naturaleza ¹. Sistemas sociales opuestos a la democracia pluralista, como los modelos armonicistas derivados del *corpus* del marxismo (que creían poder integrar todas las «contradicciones» en una gran armonía utópica), han resultado ser poco flexibles y se adaptan difícilmente a entornos cambiantes. Además ha resultado ser una falacia que los gobernantes de regímenes armonicistas y autoritarios sean mejores que los liberales: las tentaciones del poder han terminado siempre por corromperles, si es que alguna vez tuvieron intenciones rectas. Como no poseen instituciones de auto-reforma, estos ordenamientos sociales se hallan expuestos a formas fácticamente incorregibles de abusos, burocratización, deficiente asignación de recursos y corrupción en gran escala. Los regímenes más perdurables y resistentes son los que admiten conflictos en libre expresión y competencia: los mejores gobiernos, ante todo en la dimensión del largo plazo, han resultado ser aquellos de índole liberal, que exhiben una cierta descentralización y poco carácter doctrinario, entre otras razones porque este modelo pluralista se basa en una visión más sobria y realista del Hombre, que toma en cuenta sus disparidades, vicios, ambiciones y desaveniencias perennes ². No es del todo anacrónico recordar que *Vladimir I. Lenin* y sus acólitos postularon un modelo de organización social que presuponía una simplicidad inexistente de todos los procesos y que tenía que ser complementado por normativas tales como disciplina a cualquier precio y claras jerarquías de dominación y dependencia, es decir por estructuras elementales y rígidas que no correspondían a la complejidad de una sociedad moderna y que, más bien, han favorecido siempre la

monopolización de la esfera política por una casta de especialistas ávidos del poder total ³.

Por otra parte, los modelos de planificación altamente centralizada han contribuido, bajo todos los contextos históricos, a incrementar la burocratización de la administración pública y a consolidar élites de poder que no pueden ser controladas desde abajo. Como ya lo entrevió *Max Weber*, la estatización de los medios de producción no condujo *per se* a una sociedad más justa o a la terminación de los fenómenos de alienación; los experimentos socialistas se han destacado por dejar de lado problemas como el control de las élites políticas, la proliferación superflua de la burocracia y las formas cotidianas de enajenación evitable. La doctrina de *Karl Marx*, en su mismo núcleo, ha sido totalmente adversa a la concepción de la autonomía del derecho privado y, por consiguiente, contraria a la autonomía relativa de las esferas sociales, culturales, políticas y económicas. Como se sabe, Marx y todas sus escuelas sucesorias combatieron enérgicamente toda forma de democracia pluralista y, en realidad, la concepción misma de la vida moderna: los vínculos sociales sólo podrían ser concebidos como restricciones de la libertad individual, y no como la posibilidad efectiva del despliegue de ésta última ⁴. El capitalismo, aunado a la democracia moderna, ha resultado ser la encarnación de formas más elevadas y refinadas de racionalidad en la esfera de la producción y la distribución y de mecanismos más efectivos para mitigar los excesos del aparato estatal-burocrático ⁵.

1. Las insuficiencias de los enfoques institucionalistas

Pero los aspectos positivos de la democracia y la modernidad ⁶ son tanto conocidos para celebrarlos otra vez, máxime si hasta antiguos marxistas, convertidos a las modas intelectuales del día, se consagran a ello con encomiable celo. En base a la actual literatura en ciencias políticas que acompaña el renacimiento de la democracia liberal y del mercado libre en las últimas décadas se tratará en este ensayo (a) de indicar las carencias analítico-críticas de la así llamada

teoría de la transición a la democracia, para (b) proseguir simultáneamente con un cuestionamiento somero de la democracia en cuanto factor decisivo del ordenamiento social contemporáneo. Una dilatada producción politológica ⁷ ha puesto el énfasis en el análisis de instituciones y estatutos, en elecciones y modos de comportamiento, en la transición del autoritarismo a la democracia, en asuntos de gobernabilidad y finalmente en la llamada ingeniería política. La calidad, necesidad y pertinencia de estas investigaciones, en las cuales se han destacado *Arend Lijphart*, *Juan J. Linz*, *Scott Mainwaring*, *Guillermo A. O'Donnell*, *Philippe Schmitter* y *Arturo Valenzuela* así como muchos discípulos de *Robert A. Dahl*, *Adam Przeworski* y *Giovanni Sartori*, está fuera de toda duda. Estos enfoques teóricos han contribuido eficazmente a comprender la problemática latinoamericana (y del Tercer Mundo en general) de las últimas décadas, a diseñar reformas constitucionales y legales de considerable relevancia y a atenuar la cultura política del autoritarismo. Esta literatura y estos expertos de la transición a la democracia poseen una inclinación *institucionalista*, que es imprescindible y legítima como especialización y delimitación temáticas dentro de una inmensa área del saber ⁸. Pero esta propensión puede conllevar una distorsión del análisis sociopolítico si permanece como la última palabra del quehacer teórico y si por privilegiar la esfera institucional se descuidan otros campos igualmente importantes. Muchas ilusiones desautorizadas por los acontecimientos de los últimos años se deben a la creencia de que la ingeniería política, los cambios institucionales y la instauración de una economía de libre mercado bastarían para generar democracias duraderas y bienestar colectivo. Considerables expectativas ligadas a los procesos de modernización, globalización y democratización en vastas áreas del Tercer Mundo han resultado una simple desilusión porque la inmensa mayoría de los cambios institucionales, los esfuerzos de la ingeniería política, las reformas electorales, la renovación de los Poderes Judicial y Legislativo y hasta la reducción del aparato administrativo-burocrático han modificado el *país legal*, pero han dejado bastante incólume el *país real* de la respectiva sociedad ⁹.

Pero lo grave es que estas teorías institucionalistas no han sido críticas consigo mismas,

y ésto en dos planos distintos –uno filosófico (I) y otro práctico-político (II)–, precisamente en vista de la enorme difusión que han alcanzado y de su influencia sobre amplias capas de intelectuales, periodistas y políticos.

(I) Por un lado, casi todas ellas parten *a limine* de la presunta bondad intrínseca de la democracia y la modernización en cuanto metas normativas y hasta obligatorias de la evolución histórica. No cuestionan, por lo tanto, la positividad de sus propios valores de orientación, a los que así se les atribuye una validez *a priori*. Los pensadores de estas corrientes no relativizan sus conceptos fundamentales de modernidad, democracia, pluralismo, mercado libre y globalización. Una parte de esta literatura confunde –a menudo premeditadamente– medios y fines: la senda de la democratización, ciertamente indispensable, es identificada con la consecución de una sociedad razonable. Además pasa por alto una serie de importantes factores y pautas evolutivas del mundo contemporáneo que no son favorables a objetivos razonables de largo aliento. En algunos casos esta carencia de un genuino espíritu crítico se debe parcialmente a que muchos de los propagandistas de la democracia representativa y pluralista exhiben la misma actitud apologética y laudatoria que demostraron ante los regímenes socialistas cuando estaban bajo la influencia casi mágica del marxismo. Sobre todo en América Latina se ha desatado, a partir de aproximadamente 1980, una ola *acrítica* de defensa de la democracia moderna de corte occidental y de la economía de libre mercado, que olvida un punto esencial: por más perfecto que sea, el modelo democrático basado en el liberalismo económico es, en el fondo, sólo un *medio* para alcanzar *fines* ulteriores, un camino para lograr metas realmente importantes a largo plazo. Entre ellas se hallan, por ejemplo, el bienestar de la población, su perfeccionamiento ético y la reconciliación con la naturaleza.

Lo que se requiere es un análisis más profundo que ponga en cuestionamiento la validez de las metas normativas de estas teorías: un esfuerzo que muestre los límites y las insuficiencias de cualquier modelo democrático, las aspectos negativos concomitantes de toda modernización, el carácter superfluo de tantos fenómenos vinculados a la globalización y a la edificación de un mercado mundial presunta-

mente inescapable. Lo que podríamos llamar la calamidad del presente estriba en que es teóricamente posible construir una sociedad más justa y razonable en base a los logros tecnológicos y organizativos pre-existentes, pero esta posibilidad se ve coartada por factores que se hallan allende el horizonte teórico-conceptual de las doctrinas de la transición e ingeniería democráticas. La desventura contemporánea reside en el hecho de que, por ejemplo, los problemas ecológicos, la evolución de la humanidad a largo plazo y la convivencia razonable de los mortales requieren de esfuerzos teóricos y hermenéuticos que van más allá de la compilación confiable de datos empíricos y de análisis de instituciones y comportamientos electorales; sólo para acercarnos a esta compleja problemática es menester la capacidad de atribuir sentido a nuestras acciones globales y de elegir entre varias opciones de futuro y, por consiguiente, la facultad de emitir juicios valorativos. Se puede aseverar que ni los intelectuales ni los políticos del presente disponen de estas aptitudes ni se preocupan por estos temas, puesto que sus intereses y los de la burocracia partidaria y estatal-administrativa giran en torno a cuestiones profanas de corto aliento.

Por otro lado, estas teorías de la democratización parten de presupuestos equivocados y hasta anacrónicos con respecto a la construcción de una opinión pública amplia, liberal, crítica y esencialmente responsable de su labor. Esta no se da ni en las naciones occidentales más desarrolladas, y mucho menos en países del Tercer Mundo. Estas concepciones acarician, por ejemplo, ideas demasiado optimistas en torno al rol pretendidamente positivo y progresista que juega la televisión. Mientras más crece el ámbito que cubren la prensa, la radio y la televisión, más débil resultan ser su mensaje intelectual y su facultad de educación crítica. La dilatada cobertura de los medios masivos de comunicación –su aspecto democrático-popular– hay que pagarla mediante el incremento de una publicidad irracional cercana a la estulticia y la ruina de la vida privada e íntima. Si antes los medios se dirigían a un público reducido que razonaba acerca de los asuntos públicos, hoy se dirigen a una masa de mediocres que sólo consume¹⁰. Las consecuencias son funestas para la conformación de una opinión pública razonable y,

por ende, *para todo modelo de democracia*: los medios sirven para transmitir mensajes desde arriba a las masas por medio de un autoritarismo suave y persuasivo, y no para esclarecer a la población o para brindar legitimidad a proyectos e ideas mediante el debate general y la fuerza de los buenos argumentos.

La actual situación de la humanidad es única dentro del más amplio contexto histórico, sobre todo en vista (1) de la capacidad destructiva de las sociedades contemporáneas, (2) del aumento exponencial de la población –y, muy particularmente, de sus demandas de un nivel de vida superior al actual–, (3) de la dilapidación de los recursos naturales y (4) de la posibilidad de un mundo de hacinamiento y estrecheces generalizadas en un lapso breve de tiempo. Los que propugnan las reformas democratizadoras no llegan a aprehender la gravedad de la situación global, especialmente todo aquello que tiene que ver con la relación del Hombre con la naturaleza. A muy largo plazo los regímenes basados en el antropocentrismo –como lo han sido de manera paradigmática los sistemas socialistas– no estarán en la posibilidad ni de comprender ni de lidiar con los problemas del futuro; lo que se necesita a largo plazo es un orden de austeridad económica global y permanente, de contracción y no uno de crecimiento ilimitado. Necesitamos una ética de la responsabilidad frente a la naturaleza y a nuestros descendientes, y ésta no puede ser la tarea de muchos agentes aislados que persiguen sólo su ventaja individual, como ha resultado ser la democracia neoliberal de nuestros días. Para actuar con responsabilidad social de largo aliento necesitamos al Estado o a alguna institución semejante. El futuro no tiene un gremio que represente política e institucionalmente sus intereses ¹¹.

(II) El otro grupo de temas descuidados por las teorías institucionalistas tiene que ver con la realidad histórico-cultural donde ocurren los procesos de transición y donde se aplican las recetas de la ingeniería política. Estos enfoques pueden ser calificados de generalistas porque tienden a abstraer de las numerosas y variadas realidades socio-culturales, históricas y antropológicas inherentes a los países en los que suceden los ensayos de democratización junto con las aplicaciones de las nuevas tecnologías en el terreno institucional, electoral y organizativo. Es decir: a pesar de manejar

masas notables de conocimientos empíricos y emplear generosamente la comparatística (a veces de forma muy refinada y heurística), estas teorías se inclinan por diagnósticos y soluciones de índole universalista. Aunque esto ha demostrado tener una clara racionalidad en el terreno de los derechos humanos y de ciertos estatutos de la democracia representativa (no se han inventado aun instituciones alternativas claramente superiores), esta tendencia no posee el mismo carácter razonable en la esfera del derecho electoral, de la remodelación de la administración estatal y, manifiestamente, en la esfera de la modernización técnica y económica. De todos modos, los fenómenos concretos –las naciones y las sociedades reales– aparecen a menudo como meros casos específicos de aplicación de las doctrinas generales.

Anticipando el resultado de esta crítica se puede aseverar que después de largos años de transición a la democracia y de un trabajoso ingreso a la mal llamada globalización, en tierras del Tercer Mundo el proceso de democratización ha generado notables edificios institucionales, legales y electorales que coexisten en curiosa simbiosis con estatutos normativos, costumbres ancestrales y prácticas cotidianas premodernas, particularistas y hasta irracionales. Muchas veces la democratización y la modernización han servido para revigorar tradiciones premodernas y, de este modo, hacerlas más resistentes frente a impugnaciones realmente innovadoras.

Una porción notable de estos esfuerzos en ciencias políticas adolece de un optimismo acrítico. Bajo la influencia de una tradición pragmático-tecnicista, estas concepciones suponen que modificaciones inducidas desde arriba y dirigidas por élites de iluminados pueden generar democracias sólidas y comportamientos altamente racionales; estas teorías, así como los funcionarios internacionales y las grandes agencias supranacionales de ayuda al desarrollo, parten de principios seguramente equivocados: (1) Las sociedades humanas constituyen laboratorios proclives a cualquier experimento con su población; (2) las comunidades en cuestión son altamente maleables; y (3) los proyectos de reformas son básicamente factibles si existe la voluntad política de implementarlos seriamente. Estas tendencias construyen sus edificios teóricos como si viviéramos en un mundo de posibilidades

irrestringidas y potencialidades básicamente promisorias, como si no existiesen limitaciones ecológicas y como si los mortales no tuviesen un subconsciente pleno de perversidades. Esto implica, al mismo tiempo, ignorar el peso de la historia y de la herencia cultural, los aspectos inmersos en la psicología social de masas, la calidad de las élites políticas y las limitaciones inescapables que la naturaleza y los recursos naturales imponen sobre todos los designios humanos.

2. Aspectos deplorables en las modernas élites políticas

La democracia representativa, unida a la economía de libre mercado, está dirigida por élites y partidos políticos, cuya competencia técnica, cualidades morales y hasta *common sense* han resultado ser bienes notablemente escasos. No parece que esta situación vaya a cambiar en el futuro inmediato. Y no parece que esta constelación sea percibida como grave por la mayoría de la población, que se empeña en elegir libremente a gobernantes y grupos políticos de dudosa calidad. Basta recordar aquí el apego de los argentinos al fenómeno peronista o la continua supervivencia electoral de partidos desacreditados bajo todo punto de vista en numerosos países del Tercer Mundo, para no hablar del acceso al poder de caudillos fascistas mediante elecciones libres e irreprochables.

Uno de los problemas poco estudiados por los enfoques institucionalistas, pero de importancia esencial, se refiere a la *calidad intelectual y ética* de los grupos dirigentes encargados de implementar las reformas modernizadoras, introducir la economía de libre mercado, consolidar las democracias y asumir los gobiernos respectivos. A lo ancho y a lo largo del Tercer Mundo se puede observar que estos estratos sociales, ahora consagrados a la ideología neoliberal, son fragmentos de las antiguas élites pro-estatistas, antidemocráticas e iliberales. Han cambiado ciertamente su discurso ideológico, sus hábitos ante la opinión pública y sus alianzas externas, pero siguen siendo la misma capa privilegiada de antaño con su men-

talidad inextirpable de servirse eficazmente de los fondos fiscales— pero eso sí: ahora con una mejor educación cosmopolita y con inclinaciones tecnicistas y anti-humanistas (siguiendo, obviamente, las modas intelectuales del post-modernismo). Las élites actuales, *legitimadas democráticamente*, han resultado ser grupos remarcablemente autosatisfechos, arrogantes y cínicos, lo cual no sería tan grave si estos grupos denotaran un mínimo de competencia administrativa, honradez en el desempeño de sus funciones y algo de interés por la estética pública. Lo que han logrado, y ésto sin duda alguna, es la separación entre ética y política. Políticos y funcionarios tienden cada vez más a asimiliarse a los técnicos y a alejarse de los intelectuales humanistas: éstos últimos se consagraban a un saber problemático-crítico (la iluminación de los fenómenos) con resultados inciertos mediante métodos cualitativos, mientras que los primeros se dedican a acumular datos seguros ganados por medio de procedimientos cuantitativos, destinados a medir, controlar y explotar la realidad ¹².

Uno de los dilemas actuales más relevantes de la organización política estriba, como lo vislumbró Max Weber, en la alta probabilidad de que sistemas sociopolíticos altamente tecnificados, uniformados según pautas universalistas, burocratizados hasta borrar todo indicio de individualismo e imbuidos de un sólido legalismo y la racionalidad instrumental, conduzcan paradójicamente y como compensación al *decisionismo*, es decir a la toma de posiciones basada en principios aleatorios e irracionales y en atracciones carismáticas masivas de impredecibles consecuencias ¹³.

Aparte del aspecto ético, esta cuestión está signada asimismo por una dimensión cognoscitiva intrincada y multifacética, lo cual hace aun más improbable que políticos y funcionarios puedan estar en condición de entender y solucionar los desafíos de nuestra era. Algunos procesos del presente y los del futuro estarán plagados de incertidumbre y complejidad liminares, como afirmó *Yehezkel Dror*: ejemplos de ello son el impacto de la acción humana sobre el clima y la brecha entre el «tiempo político» y el «tiempo de los problemas». Las preocupaciones de los políticos y su horizonte temporal, determinado precisamente por factores democráticos tales como las elecciones y las exigencias de los votantes, son de

plazo breve; las masas de los ciudadanos piensan en dimensiones de corto aliento y en soluciones simples, fácilmente comprensibles. Al carácter de estas demandas se amolda la programática simplista de los partidos y las propuestas demagógicas y falaces de los políticos¹⁴. Pero aun dejando de lado estas prácticas detestables, las élites gubernamentales no tienen opciones para los grandes retos de índole más o menos inminente: «Las élites estatales no tienen idea de qué hacer. [...] Mi propia experiencia al asesorar a quienes toman decisiones de alto nivel [...] refuerza una conclusión grave: inclusive cuando los principales políticos y sus asesores tienen el poder adecuado y incluso si tuvieran todavía más, muchas veces no sabrían qué hacer para enfrentar los problemas del siglo XXI»¹⁵.

En el Tercer Mundo los dirigentes y partidos democráticos han imitado con cierto éxito el liberalismo económico de Europa Occidental y los Estados Unidos, pero han despreciado con igual energía las virtudes cívicas que hicieron grandes a aquellos países: han desestimado el espíritu crítico y científico de Occidente, pero han importado sin restricciones la estulticia difundida por los medios masivos de comunicación, la comercialización de la vida cotidiana y los métodos más refinados de corrupción financiero-bancaria¹⁶. Estas élites contemporáneas son agrupaciones de los mediocres, taimados y astutos, coaligados metódicamente contra los de espíritu crítico y vocación ética. Se puede aseverar que en este empeño han mostrado una perseverancia digna de mejores causas, cosechando un éxito considerable. Tendencias intelectuales del presente son altamente favorables a esta evolución. El elogio del cinismo, la celebración del «todo vale», la postulada separación entre política y moral, la equiparación del talento con la necedad y otras lindezas asociadas con las modas intelectuales del día han preparado el actual clima de laxitud ética, irresponsabilidad colectiva y resentimientos anti-aristocráticos: así como la modernidad burguesa estuvo vinculada al liberalismo, la «cultura» postmodernista parece corresponder a la actual democracia de masas¹⁷. Los políticos profesionales son personas con un nivel cultural bastante limitado y con un horizonte de anhelos muy restringido: *potestas, pecunia y praestigium*¹⁸. Precisamente en el marco de la democracia de masas

tienden a parecerse a los presentadores de televisión y a los expertos en relaciones públicas, excluyendo todo indicio de intelectualidad y espíritu crítico. Sus escasos conocimientos son poco fundados, circunstanciales, fácilmente reemplazables; su máxima habilidad consiste en vender en el momento adecuado —y a buen precio— esas modestas destrezas a un público ingenuo que tampoco exige gran cosa de ellos. Parafraseando a un clásico (*Edward Gibbon*), se puede decir que no hay que suponer un anhelo elevado —la democratización de la propia sociedad—, si en el comportamiento de la clase política se puede hallar un simple motivo vil: el enriquecimiento mediante la corrupción.

A lo ancho y a lo largo del Tercer Mundo las élites contemporáneas han aprendido a celebrar elecciones totalmente limpias y correctas y simultáneamente a apropiarse de fondos públicos mediante mecanismos más refinados que en tiempos de dictadura; los mismos políticos, que por un lado propician reformas institucionales de indudable calidad y necesidad, se consagran, por otro, a aligerar el erario fiscal por medio de instrumentos genuinamente innovativos y endiablidamente eficaces. Las privatizaciones favorecen a los grupos que cuentan con fuerte respaldo político; contratos superfluos, pero legales, asesorías sobrevaluadas, trabajos prescindibles para el reducido Estado neoliberal —enflaquecido, pero aun jugoso para aquellos que lo saben manipular— y muchos otros instrumentos de enriquecimiento rápido son usados por los mismos funcionarios que implementan la necesaria modernización del aparato burocrático y la inexcusable reforma del Poder Judicial. La misma clase política que propugna las reformas institucionales ha desplegado una envidiable destreza para que éstas últimas no modifiquen esencialmente el marco de viejos privilegios y prácticas consuetudinarias donde esa clase ha actuado habitualmente. En América Latina la creación de nuevos órganos dentro del Poder Judicial, como una corte constitucional, un defensor del pueblo, un consejo de la magistratura y tribunales contencioso-administrativos o la introducción de nuevos códigos y estatutos legales, no han logrado desterrar o siquiera aminorar los vicios clásicos de esta institución: la extrema lentitud de los juicios, la corrupción proverbial de jueces y funcionarios de los tribunales, el carácter innecesariamente enrevesado y tortuoso de los procedimientos y

la subordinación del Poder judicial al Poder Ejecutivo¹⁹. En Bolivia las reformas institucionales, que han recibido una amplia publicidad internacional, fueron alentadas por muy conocidos teóricos de la transición democrática que actuaron como asesores del gobierno. Ni las modificaciones constitucionales (como una ley de extensa municipalización del país o la elección de la mitad de los diputados según listas nacionales y la otra mitad de acuerdo a circunscripciones uninominales²⁰, siguiendo el modelo alemán actual), ni la creación de nuevas instituciones en los Poderes Ejecutivo y Judicial, ni la multiplicación de leyes y estatutos, han servido para alterar substancialmente las prácticas clientelísticas, la ineficiencia y corrupción de todas las instancias estatales y la concepción básicamente prebendaria de distribución de cargos públicos. Si bien funcionan desde hace poco tiempo y sólo en ciertos países, se puede sostener que hasta ahora en América Latina ni el Defensor del Pueblo ni los Tribunales Constitucionales ni órganos similares han podido alterar básicamente la pesada herencia del autoritarismo y prebendalismo. Por otra parte nunca, en América Latina, se han gastado tantos fondos como en los últimos años en la modernización de las policías nacionales, y nunca la inseguridad ciudadana ha sido mayor²¹. Jamás se había discutido tanto sobre temas de medio ambiente (incluidas las muchas cumbres presidenciales y la creación de innumerables instancias consagradas presuntamente a cuestiones ecológicas, como el Ministerio de Desarrollo Sostenible en Bolivia), y nunca se han aniquilado tantos bosques como en los últimos años²². Nunca en el Nuevo Mundo se hicieron tantos esfuerzos modernizadores para ampliar y mejorar las autonomías municipales, y jamás se dio una ola similar de corrupción y apropiación privada de fondos fiscales en el ámbito de las alcaldías y regiones descentralizadas.

Como dijo *Hans Magnus Enzensberger*, los políticos profesionales en las democracias contemporáneas se caracterizan por una energía indomable de índole perversa y por la incapacidad de aprender algo nuevo con respecto a sus prácticas consuetudinarias; su cinismo es tan grande y tan profundo que nunca llegan a preguntarse si tal vez han actuado equivocadamente o si han violentado principios elementales de ética²³. Desde que exis-

ten los actuales sistemas democráticos con partidos de masas, aparatos burocráticos en el seno de los mismos y elecciones periódicas, los políticos trabajan por consolidar esta imagen, que aparentemente no les quita el favor del público: este último se ha acostumbrado a percibir en la política el reino de la astucia, las picardías y el fraude y no el espacio de la inteligencia, la moralidad y el talento. Uno de las consecuencias de este estado de cosas es que precisamente en sociedades democráticas la política se convierte en el imperio de la repetición y el tedio: el factor más efectivo para el socavamiento de la democracia desde su interior y para diluir su legitimidad está ya dado. Lo paradójico reside en el hecho ya mencionado de que los ciudadanos sigan votando masivamente por partidos y figuras que los decepcionan previsible y continuamente, aunque, como afirmó *Claus Offe*, en las naciones altamente desarrolladas la población últimamente se inclina a pensar que no tiene ningún control sobre la actividad política y que ésta última ya no es algo racional, sino algo absurdo²⁴. Todo esto estropea seriamente la legitimidad de la democracia contemporánea.

3. Las falacias del crecimiento y el desarrollo incesantes

Los defensores de la democracia contemporánea acarician, por lo general, una opinión muy favorable en torno a un modelo irrestricto de libre mercado, al crecimiento económico incesante y a los difusos fenómenos de globalización vinculados a la evolución del capitalismo actual. Su talante básicamente apologético les impide percibir la desilusión de muy dilatados estratos sociales con respecto a este desenvolvimiento y los peligros inherentes a este proceso, que van desde el creciente predominio de mafias capitalistas totalmente inescrupulosas hasta el aniquilamiento de identidades colectivas conformadas a lo largo de siglos y que tenían la ventaja de brindar sentido existencial y seguridad emotiva a sus habitantes. Estamos llegando a un ordenamiento socio-económico donde todo tiene precio, pero nada valor, mientras

que, de acuerdo a la experiencia histórico-cultural, podemos afirmar que, en el fondo, las cosas realmente importantes para el Hombre están allende la ley de la oferta y la demanda, pues son aquéllas que transmiten plenitud y dignidad a la vida individual. El terreno de la ética y la estética, el mundo de la ciencia genuina, la protección del medio ambiente, la vida familiar e íntima, el amor en casi todas sus manifestaciones, la concepción de justicia y la preocupación eminentemente política por el bien común constituyen fenómenos no cuantificables, a los cuales no se les puede aplicar ninguna «ley del mercado». Detrás de la admiración acrítica por el mercado y sus éxitos se encuentra una visión demasiado optimista sobre la modernidad en general y sobre la competencia de todos contra todos en particular, visión que celebra como avances civilizatorios la creciente diferenciación de roles y funciones, la individualización de los nexos humanos y la integración compulsiva en redes funcionales y abstractas, olvidando que este «progreso» conlleva la atomización de las personas, la negación de los nexos primarios, la terminación de la solidaridad espontánea, el entorpecimiento de genuinos sujetos individuales y sociales y el surgimiento de un uniformamiento sofocante, lo que, paradójicamente, conduce al menoscabo de los propios procesos de diferenciación²⁵.

La confianza candorosa en el mercado hace olvidar el hecho de que todo cálculo estrictamente económico abstrae de una realidad conformada por factores ecológicos, culturales y hasta simplemente aleatorios. La mayor parte de los políticos, los empresarios, los economistas y el pueblo en general piensan, por ejemplo, que todo lo que viene de la naturaleza es gratuito. Las culturas premodernas tenían, en cambio, una concepción mucho más «realista» de los valores económicos a largo plazo: la baja densidad demográfica de sus sociedades (un «lujo» hoy en día en un mundo de hacinamiento inescapable) y su utilización mesurada de los recursos naturales (una «subutilización» según parámetros actuales) constituían el diseño de incorporar la naturaleza a los esfuerzos productivos del Hombre, pero no como un mero factor externo —que se puede descuidar fácil y frecuentemente—, sino como «parte consubstancial a todo proceso de producción»: la «administración de la esca-

sez», que debería ser el fundamento de toda ciencia económica genuinamente seria²⁶.

La veneración que los regímenes democráticos despliegan ahora por mercados desregulados, sobre todo en países del Tercer Mundo, conduce a que el Estado respectivo abdique sus facultades y responsabilidades en favor de otros actores y procesos que no poseen ninguna legitimidad democrática ni están sometidos a ningún control racional, como ser los flujos financieros y comunicacionales, las potencialidades de la bio-ingeniería, las alteraciones ecológicas y el tráfico de drogas. Fuerzas económico-financieras, exentas de toda regulación y de todo control por parte de la sociedad civil, no han resultado ser las asignadoras ideales de recursos y fondos —como lo sostienen sus numerosos propagandistas, sobre todo en el Tercer Mundo—, y, por otra parte, son ciegas frente a las exigencias ineludibles de la justicia social, el medio ambiente, el Estado de Derecho y las identidades colectivas²⁷. La economía es —o debería ser— uno de los cimientos de la vida humana, y no la meta final de nuestros mejores esfuerzos y anhelos.

Uno de los componentes básicos de la legitimidad democrática contemporánea se asienta en la capacidad de la sociedad respectiva de brindar un nivel de vida decoroso a la masa de la población, nivel que está determinado en gran proporción por las exigencias siempre crecientes del público y éstas, a su vez, por lo ya alcanzado en las naciones altamente desarrolladas. Se trata, obviamente, de demandas elásticas (hacia arriba), que presuponen un aumento incesante de las actividades económicas de toda índole y, por consiguiente, sobrecargas cada vez mayores sobre los frágiles ecosistemas de todo el planeta. La concepción de un crecimiento económico ilimitado pertenece, como se sabe, a la dogmática del neoliberalismo, al núcleo del llamado desarrollo sostenible y las versiones populares del post-modernismo. En vista del carácter finito de la Tierra y los recursos naturales y considerando el incremento de la contaminación ambiental y el estado precario de los ecosistemas, estas doctrinas están edificadas en simples ilusiones, que los políticos, los responsables de los medios masivos de comunicación y hasta los teóricos de la transición democrática y la modernización se cuidan mucho en mantener y fomentar como tales. En realidad la idea de un

crecimiento irrestricto es un mecanismo de auto-engaño, que parte de presupuestos falsos, pero que tiene la función principalísima de tranquilizar las conciencias. De la misma forma, la competitividad a cualquier precio, la modernización a ultranza y el desarrollo como fin en sí mismo constituyen mitos contemporáneos basados en una lógica deleznable y en una total irresponsabilidad de cara al porvenir. En la praxis han significado que la economía tradicional de muchas sociedades ha sido destruida, sin que una alternativa aceptable haya tomado su lugar, que el futuro del país respectivo fue hipotecado a instituciones supranacionales y que el medio ambiente fue destruido de modo que nunca más podrá regenerarse. El fracaso del socialismo en la Unión Soviética y en países afines se debe, en parte, a que las autoridades de esos países trataron durante décadas de alcanzar el paradigma occidental –incriminado, odiado, envidiado e imitado simultáneamente–, lanzando a sus pueblos a una competencia que resultó mortal. El comunismo demostró ser un burdo intento de imitar el modelo occidental en sus aspectos económico-técnicos: las últimas metas normativas se las hicieron dictar por el desarrollo del mundo capitalista ²⁸.

La competitividad excesiva, el anhelo de triunfar en el mercado mundial y la manía de percibir todas las relaciones humanas mediante la lupa financiero-económica se basan en factores y suposiciones irreales, irracionales, anti-económicas y de corto plazo. Las grandes naciones han triunfado porque (1) han producido en primer término para su mercado interno, (2) se han preocupado más o menos exitosamente por evitar grandes desigualdades y generar un mínimo de justicia social, y (3) han consagrado fondos y esfuerzos a la investigación científica, a la educación general y al ornato público ²⁹. El principio de la competitividad llevado al extremo es, como señaló *Fernando Mires*, inviable, autodestructivo e inmoral; la concepción de la fijación libre de precios por el mercado globalizado y sólo mediante factores intra-económicos es un mito, porque los precios son determinados en gran parte por factores culturales, ecológicos y políticos ³⁰. Los demócratas transformados en neoliberales comparten con antiliberales y socialistas algunas normativas básicas de la evolución histórica: el desarrollo y el crecimiento incesantes

han sido convertidos en valores mágicos y casi sagrados, el desprecio por precauciones conservacionistas y ecologistas se mantiene pese a una cierta retórica de moda bajo el lema del «desarrollo sostenible», y la edificación de un gran aparato productivo permanece en cuanto prioridad de política pública. Ambas corrientes denotan, en el fondo, fuertes inclinaciones industrializantes, si bien la antigua consigna de «substituir las importaciones» haya sido cambiada por la de «diversificar las exportaciones». «Bajo la hegemonía del neoliberalismo», afirmó *Mires*, «se consuma una tendencia que venía anunciándose desde los años treinta, a saber: la autonomización del pensamiento económico por sobre todas las demás disciplinas del saber social» ³¹. El medio se ha convertido en el fin por excelencia. La apertura total, la inmersión indiscriminada en la así llamada globalización y la competitividad a ultranza conforman rasgos de una psicosis colectiva, que terminará por erosionar todo contrato social, por convertir toda racionalidad en una meramente instrumental y por dejar la formulación de los grandes objetivos políticos en consorcios privados a los cuales el bien común les es absolutamente indiferente, como aseveró *Riccardo Petrella*, miembro de la Comisión Europea, la instancia más destacada de la Unión Europea en Bruselas: «The economy seems to have increasingly lost any sense of purpose» ³². El ministro sueco de Cooperación para el Desarrollo Internacional, *Pierre Schori*, comentó, basado en estudios de las Naciones Unidas, que la tan celebrada globalización habría conllevado una desestabilización del orden social para la mayoría de los Estados, la erosión de la cohesión social, un marcado empobrecimiento del universo cultural y comunicativo y ganancias sólo para un pequeño grupo de empresas y naciones ³³. La mayoría de los teóricos de la transición a la democracia, sobre todo cuando están en lucrativas funciones de asesores gubernamentales, adoptan una actitud admirativa y apologética de la globalización, la modernización y el mercado en cuanto panaceas universales. Una de las pocas voces críticas nos recuerda que *modernización y calidad de la vida* pueden convertirse en términos antagónicos en la vida cotidiana de las grandes ciudades latinoamericanas; los últimos tiempos en Chile, aquellos de los éxitos económicos y la globalización lograda, han sido también los de

la degradación ambiental, la pérdida de las identidades nacionales y ciudadanas (Santiago como un punto intercambiable en un mapa donde las peculiaridades históricas, sociales y estéticas son indiferentes y superfluas), la deshumanización de sus habitantes y los desarreglos psíquicos ³⁴.

4. La apatía política de la población como factor recurrente

Las teorías institucionalistas y las de la transición a la democracia pasan por alto algunos hechos socio-políticos que apuntan a una apatía e indiferencia muy difundida de la población, unidas a metas existenciales de carácter muy prosaico ³⁵. Ya se vio mucho antes del colapso del socialismo que el ciudadano común y corriente, en los años de gloria del socialismo, quería ante todo (a) empleos cómodos, de alto prestigio social, con capacidad de mando y buenos ingresos (empleos rurales ya entonces eran los menos favorecidos por la opinión pública), y (b) un Estado paternalista dotado de amplios poderes, pero exento de impulsos demasiado arbitrarios ³⁶.

Los institucionalistas se olvidan de la carencia de virtudes cívicas ³⁷ y de la enorme *apatía* de la población con respecto a temas socio-políticos, apatía totalmente comprensible por la absoluta estulticia y corruptibilidad de la clase política en casi todos los regímenes. Pero hay otras causas más profundas y permanentes para este fenómeno. Como se sabe por importantes investigaciones empíricas inspiradas por el psicoanálisis social, la apatía viene de la mano del comportamiento autoritario y de la debilidad del ego en la actual sociedad hiperdesarrollada, que no ha reducido, sino que ha modificado el patrón general de los prejuicios, dirigidos, como siempre, contra el *otro*, los disidentes, los que se atreven a pensar de manera diferente. La agresividad se vuelca contra los débiles y las minorías, la sumisión hacia los fuertes se hace patente y surge el anhelo de gobiernos autoritarios y entes colectivos vigorosos. Pre-

cisamente las personas de un yo débil –como se da también a causa de las tendencias positivistas y de las postmodernistas– cultivan un narcisismo colectivo y creen que la realidad del momento dado es el horizonte insuperable e inescapable de todo pensamiento y proyecto. La cultura contemporánea de masas, con sus propensiones anti-intelectuales, anti-aristocráticas y anti-históricas, han debilitado al espíritu crítico, que ha sido una especie de barrera contra los peligros del totalitarismo ³⁸. El tipo predominante del autoritario actual combina cualidades que sólo a primera vista parecen antagónicas: posee simultáneamente destrezas técnicas y prejuicios retrógrados, es celoso de su independencia y tiene miedo de no ser igual a los demás, se vista de manera extravagante y sigue devotamente las convenciones de su grupo, se cree progresista y es cínico, se considera individualista y se somete fácil y gustosamente a las modas y a la autoridad del momento ³⁹. Y, por lo demás, tiene marcadas actitudes racistas, que se complementan con elementos postmodernistas: la humanidad en cuanto tal les es indiferente u odiosa. Pese a todos los adelantos técnicos en el campo comunicacional, para la mayoría de la humanidad tienen relevancia sólo las experiencias inmediatas –y no la reflexión crítica–, y éstas pueden estar cargadas de factores etnocéntricos ⁴⁰. El nacionalismo, sus orígenes y secuelas, así como otras tendencias recurrentes en el Tercer Mundo (fundamentalismo, xenofobia, nativismo) constituyen rasgos de la evolución actual, que han quedado totalmente fuera de las preocupaciones de las teorías institucionalistas.

Un fenómeno similar y recurrente es la llamada *antipolítica*, que tampoco puede ser comprendida adecuadamente dentro de los esquemas institucionalistas ⁴¹. Se trata de un hastío de la ciudadanía con respecto a los partidos, el Estado y la política en general; el ciudadano común y corriente pierde la (poca) confianza que tenía en la dimensión de la política y en sus actores principales. La consecuencia de todo esto –de enorme relevancia para el futuro de la democracia– consiste en una clara pérdida de legitimidad del sistema de partidos y hasta del Estado, por una parte, y en la disminuida facultad de los partidos para captar y articular los anhelos y las exigencias de la población, por otra.

En contraposición a los enfoques institucionalistas se puede aseverar que entre las múltiples causas de la antipolítica se hallan (a) la complejidad cada día mayor de las estructuras estatales y de los estatutos legales, (b) la convicción de que la «política» ya no puede solucionar los problemas apremiantes de la gente sencilla, (c) la desconfianza en todo lo colectivo y social –como es la política *per definitionem*– y la revalorización concomitante de lo grupal e individual y (d) la corrupción y corruptibilidad de los políticos y funcionarios. Se trata, evidentemente, de un clima socio-cultural donde se ha desvalorizado la política: ésta ya no se manifiesta como el esfuerzo colectivo por antonomasia, sino como una actividad de importancia relativa, que ya no contribuye esencialmente a inducir cambios sociales relevantes y menos aun a transformar la sociedad⁴². La complejidad de las políticas públicas, de los códigos legales y, en general, de las estructuras sociales ha alcanzado tal grado que ni los expertos más notables pueden ofrecer una descripción coherente y una explicación plausible del conjunto. Es arduo identificarse con un orden configurado de esta manera; el público tiene además la impresión –básicamente correcta– de que la formulación de políticas públicas es la consecuencia fortuita de conflictos oscuros que se prestan a manipulaciones extralegales de mafias que entre tanto han tomado el lugar de los partidos convencionales⁴³. Es claro que este ambiente –donde se vislumbran también las limitaciones de toda democracia, independientemente del grado de su institucionalización– es proclive al surgimiento de vigorosas corrientes de antipolítica, máxime si otros movimientos, como los ecologistas, los informales, los regionales y municipales, acaparan una parte del antiguo interés «político». Lo peligroso de este desenvolvimiento estriba en las demandas de una democracia directa y plebiscitaria, en el retorno de caudillos carismáticos y autoritarios y en la proliferación de movimientos populistas. En última instancia, el florecimiento de estos fenómenos irracionales manifiesta la pérdida de sentido que acompaña a los procesos de globalización y modernización a ultranza y la necesidad de retornar a una concepción razonable del bien común.

5. La necesidad de un enfoque basado en la noción del bien común

Contra el optimismo algo ingenuo de los institucionalistas puede aseverarse que los estatutos y las prácticas democráticas no garantizan que las políticas públicas resultantes sean razonables o siquiera practicables⁴⁴; todo régimen concreto depende no sólo de orientaciones universalistas de índole racional y de instituciones bien construidas, sino de elementos aleatorios y contingentes, de decisiones y visiones particularistas y de intereses predeterminados por las condiciones el tiempo y el lugar. El énfasis en las instituciones y las reglas de juego puede y suele ir de la mano de la indiferencia ante las grandes metas normativas de la sociedad y el contenido de las políticas públicas. Por todo ello el relativismo normativo y la abstinencia de juicios valorativos acerca de programas políticos así como la reducción de la legitimidad a la mera legalidad y el rechazo de los valores trascendentes de orientación, constituyen los aspectos más cuestionables de las teorías contemporáneas sobre la democracia⁴⁵.

El pluralismo y el relativismo a ultranza enfatizan la multiplicidad en contra de las normas generales que sirven a la comprensión de los humanos entre sí; subrayan la competencia irrestricta contra la necesaria cooperación entre los actores sociales; sobrevalúan el presente variopinto contra la presunta monotonía del pasado. Todos estos elementos, celebrados ahora por las corrientes postmodernistas, contribuyen, sin embargo, a dificultar uno de los objetivos más nobles y más caros de la evolución humana: la convivencia razonable de los mortales. Las teorías relativistas fundamentan y celebran la decadencia de la razón práctica y de toda doctrina axiológica porque se basan en un desencanto radical, típico de la modernidad: se apoyan en una comprensión de la actividad científica como herramienta del poder (la ciencia en cuanto técnica para mejor disponer de recursos), en un concepto mecanicista de la naturaleza, en la relatividad de todos los valores, en una antropología del conflicto perenne,

en la contradicción entre naturaleza y política, en una noción restringida de racionalidad y, ante todo, en una visión de la vida como instinto y estrategia de supervivencia, que niega explícitamente el bien común y el anhelo de felicidad. Es trata, obviamente, de una opción teórica entre otras, tan proclive al error como una instituida sobre principios teológicos, tradicionales o metafísicos.

Los enfoques institucionalistas y las teorías de la transición democrática se basan *a priori* (sin una problematización adecuada de sus propios fundamentos) en un liberalismo contractualista demasiado simple, que remite a los comienzos de la tradición liberal. En la concepción de *Thomas Hobbes* coexistían algunos principios ahora muy en boga: la legitimación del poder y el Estado estaba exenta de toda reflexión ética; el Hombre era considerado como un mero portador de intereses egoístas y visiones individualistas; lo negativo por excelencia residía en el desmoronamiento del orden público; y la solución consistía en la elaboración de un marco contractual-institucional que pudiese resistir la guerra perenne que es la competencia por bienes materiales, prestigio y seguridad ⁴⁶. El orden socio-político deja de tener conexiones vitales con el derecho natural y se transforma en una construcción precaria, amenazada siempre de disolución violenta: ya no se busca el bien común, sino evitar males mayores. Este es el talante general de las teorías post-modernistas en torno a la democracia, que ha teñido también las doctrinas institucionalistas.

Precisamente en medio de una modernidad descontrolada y autodestructiva debemos retornar al concepto aristotélico del bien común definido éticamente. La clarividencia que brinda el miedo (como en la teoría de Hobbes) tiene, sin embargo, sus límites. La vida política es algo más que la canalización del miedo mediante conflictos regulados; la cohesión social es algo más que una ficción institucional que reduce los riesgos de la anomia y la incertidumbre. El temor no es la única causa de las sociedades organizadas y de su perdurabilidad y estabilidad: las creencias religiosas, las convicciones morales y las opiniones ideológicas son también fundamentales para cimentar un orden perdurable. El Hombre es algo más que el animal exento de vínculos morales y emotivos, sediento de poder e in-

saciable de éste, como lo vieron Hobbes y sus discípulos: no todos perciben en el prójimo un medio para la satisfacción de sus intereses y fines. Las concepciones contractualistas se restringen a un tipo de racionalidad: la instrumental. Esta emerge como la consejera privilegiada de un egoísta inteligente que actúa dentro de un programa de meros intereses materiales, calculables y profanos, y se conforma con el orden establecido y coopera con las autoridades establecidas porque esta estrategia le trae más ganancias que la confrontación permanente. Este individuo libre de ataduras, asocial y ateo intenta a lo sumo corregir con astucia las deficiencias que la naturaleza y su individualidad le han impuesto.

En el presente requerimos, en cambio, de una razón objetiva que vaya allende el análisis de los medios y cuestione también los fines de la organización social. Una razón que trasciende el instrumentalismo —el cálculo de estrategias— se preocupa por objetivos no cuantificables como el bien común, la conservación de los ecosistemas a largo plazo, la vida bien lograda, la moralidad social y la estética pública. La vida bien lograda no significa una vida de excesos materiales, sino una de convivencia razonable con los otros ⁴⁷. *Herfried Münkler* ha propuesto una fundamentación ética de la democracia después de demostrar las aporías e insuficiencias de teorías contractualistas basadas en el puro cálculo estratégico del interés egoísta. De acuerdo a su concepción, la virtud política —la intención no coercitiva de orientarnos por el bien común— constituye la «auto-explicación de la sociedad»; en ella confluyen los ideales de libertad y tolerancia con el imperativo de poder regenerar y adaptar la sociedad según desenvolvimientos tecnológicos que pueden ser tanto positivos como negativos. De acuerdo a esta noción de reminiscencia kantiana, no se trata de mejorar moralmente a la humanidad, sino, más modestamente, de neutralizar mutuamente los designios egoístas, de modo que pierdan su efecto destructivo ⁴⁸. La consecuencia positiva es una idea del bien común, no exenta de elementos práctico-pragmáticos, que se asienta en el respeto a los derechos de terceros: de esta respecto a algo que uno exige para sí mismo de modo egoísta y de su expansión y aplicación a muchos casos, nace una concepción del bien común que abstrae de la moralidad específica

de cada sujeto. Aquéllos que persiguen su propia ventaja de manera egoísta, pero de modo razonable, es decir a largo plazo, terminan por reconocer los derechos de terceros. Esta hipótesis se combina con el núcleo de la *teoría de la acción comunicativa* expuesta por Jürgen Habermas: las ideas de verdad, libertad y justicia están inmersas de forma constitutiva en la estructura lingüística de la comunicación humana y no pueden ser abandonadas por los efectos de las propuestas relativizadoras de las ciencias sociales. El discurso argumentativo sin coerciones recoge las opiniones diferentes y divergentes de los sujetos y las conduce a un consenso racional intersubjetivo aceptable para la comunidad⁴⁹. La racionalidad comunicativa es el cimiento de la autodeterminación de los sujetos políticos y de sus derechos libertarios; en este punto hay una cierta convergencia con las teorías comunitaristas.

Por ello lo conveniente parece ser un pluralismo moderado que se mueva dentro de parámetros apreciados y respetados por todos, como son —o deberían ser— los derechos humanos. El relativismo cultural, que es una conquista importante de la modernidad, debe ser relativizado a su turno. El individuo en sociedad requiere necesariamente de una moral que refrene y canalice sus exigencias siempre crecientes: las instituciones restringen ciertamente sus instintos e intereses, pero enriquecen su vida cultural y social y, ante todo, preservan los derechos de terceros, que tienen la misma dignidad ontológica que los primeros. Tenemos necesidad de leyes y estatutos de alguna manera imbuidos por la noción del bien común, para evitar la caída del Hombre en la anomia y la destrucción: la democracia pluralista y el mercado libre, en cuanto la encarnación de la necesaria autonomía de las instituciones humanas, deben funcionar en el marco de valores generalmente admitidos y practicados. Tenemos asimismo que recobrar la capacidad de decir no a las dilatadas estulticias sociales, difundidas por los medios masivos de comunicación. «Hay que reanudar la crítica de nuestras sociedades satisfechas y adormecidas», escribió Octavio Paz, y «despertar las consciencias anestesiadas por la publicidad»⁵⁰. Por todo ello debemos pensar en revalorizar concepciones que no tienen precisamente que ver con democracia ni con modernización: la idea clásica del bien común,

el retorno a la tradición entendida como herencia crítica, la religiosidad en cuanto dotación de sentido y la revalorización de la aristocracia⁵¹ como factor para diluir la alienante cultura moderna de masas y para refrenar las plutocracias mafiosas.

NOTAS

¹ Sobre la sociedad autoconsciente cf. Pierre Vidal-Naquet, *Una invención griega: la democracia*, en: VUELTA (México), vol. XVIII, N.º 209, abril de 1994, pp. 21-27; Cornelius Castoriadis, *La democracia ateniense y sus interpretaciones*, en: *ibid.*, pp. 28-32; sobre la modernidad radicalizada y la sociedad de riesgo en cuanto bases de la autoconsciencia cf. Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity*, Cambridge: Polity 1990; Ulrich Beck et al., *Reflexive Modernity*, Cambridge: Polity 1993.

² Samuel P. Huntington, *Democracy in the Long Haul*, en: JOURNAL OF DEMOCRACY (Washington), vol. 7, N.º 2, abril de 1992, pp. 3-13, especialmente p. 12 sq.; sobre esta temática cf. Gerhard Simon / Nadja Simon, *Verfall und Untergang des sowjetischen Imperiums* (Decadencia y caída del imperio soviético), Munich: dtv 1993, p. 10.

³ Cf. la gran obra, basada en datos empíricos: Merle Fainsod, *Wie Russland regiert wird* (Cómo se gobierna a Rusia), Colonia/Berlin: Kiepenheuer & Witsch 1965, pp. 105-108.

⁴ Cf. Wolfgang Schluchter, *Unversöhnte Moderne* (La modernidad irreconciliada), Frankfurt: Suhrkamp 1996, p. 262 sq.

⁵ Cf. el interesante estudio de Wolfgang Mommsen, *Max Weber. Gesellschaft, Politik und Geschichte* (Max Weber. Sociedad, política e historia), Frankfurt: Suhrkamp 1974, pp. 156-159, 172.

⁶ La amplísima *teoría de la modernización* convencional (mayormente de procedencia norteamericana) y muchas escuelas afines celebran la bondad y positividad de la *democracia occidental* y de la *modernización material* en cuanto metas normativas irrenunciables y obligatorias, presuponiendo, además, que ambos fenómenos tienen lugar más o menos simultáneamente y por causalidad mutua. Para una visión positiva del progreso histórico cf. Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, Barcelona: Gedisa 1981.

⁷ Cf. entre muchos otros: Julio Cotler (comp.), *Estrategias para el desarrollo de la democracia en Perú y América Latina*, Lima: IEP 1990; Robert A. Dahl, *Democracy and Its Critics*, New Haven: Yale U.P. 1989; Larry Diamond / Juan J. Linz / Seymour Martin Lipset (comps.), *Democracy in Developing Countries. Latin America*, Boulder: Lynne Rienner 1989; Jon Elster / Rune Slagstad (comps.), *Constitutionalism and Democracy*, Cambridge: Cambridge U.P. 1988; Arend Lijphart, *Democracies: Patterns of Majoritarian and Consensus Government in Twenty-One Countries*, New Haven: Yale U.P. 1984; Arend Lijphart (comp.), *Parliamentary versus Presidential Government*, Oxford: Oxford U.P. 1992;

Juan J. Linz, *La quiebra de las democracias*, Madrid: Alianza 1987; Juan J. Linz, *Democracy: Presidential or Parliamentary. Does it a Difference?*, New Haven: Yale U. P. 1992; Juan J. Linz / Arturo Valenzuela (comps.), *The Failure of Presidential Democracy. Comparative Perspectives*, Baltimore etc.: Johns Hopkins U.P. 1994; Juan J. Linz / Alfred Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America and Postcommunist Europe*, Baltimore etc.: Johns Hopkins U.P. 1996; Scott Mainwaring / Timothy R. Scully (comps.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford: Stanford U.P. 1995; Scott Mainwaring / Guillermo A. O'Donnell / J. Samuel Valenzuela (comps.), *Issues in Democratic Consolidation: The New South American Democracies in Comparative Perspective*, Notre Dame: Notre Dame U.P. 1992; James March / Johan Olsen, *Rediscovering Institutions: The Organizational Basis of Politics*, New York: The Free Press 1989; Gabriel Murillo (comp.), *Hacia la consolidación democrática andina: transición o desestabilización*, Bogotá: Universidad de los Andes 1993; Guillermo A. O'Donnell / Philippe Schmitter / Laurence Whitehead (comps.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore etc.: Johns Hopkins U.P. 1986 (2 vols.); Carina Perelli / Sonia Picado / Daniel Zovatto (comps.), *Partidos y clase política en América Latina en los '90*, San José: IIDH/CAPEL 1995; Adam Przeworski, *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge: Cambridge U.P. 1991; Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia*, Madrid: Alianza 1987; Giovanni Sartori, *Parties and Party System. A Framework for Analysis*, Cambridge: Cambridge U.P. 1976; Giovanni Sartori, *Comparative Constitutional Engineering: An Inquiry into Structures, Incentives and Outcomes*, New York: New York U.P. 1994; William C. Smith / Carlos Acuña / Eduardo Gamarra (comps.), *Democracy, Market, and Structural Reform in Latin America*, New Brunswick: Transaction 1993.

⁸ Cf. entre otros: Mario Daniel Serrafiero, *Instituciones políticas de América Latina: revisión de enfoques teórico-metodológicos*, en: SISTEMA. REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES (Madrid), N.º 122, septiembre de 1994, pp. 83-99 (con especial referencia al debate presidencialismo versus parlamentarismo); William C. Smith, *Reestructuración neoliberal y escenarios políticos en América Latina*, en: NUEVA SOCIEDAD (Caracas), N.º 126, julio/agosto de 1993, pp. 25-39; Juan Carlos Portantiero, *Revisando el camino: las apuestas de la democracia en Sudamérica*, en: SOCIEDAD (Buenos Aires), N.º 2, mayo de 1993, pp. 17-34.

⁹ De los autores aquí nombrados Guillermo A. O'Donnell es el que últimamente ha desplegado un espíritu crítico-filosófico que lo diferencia de los otros autores, de quienes él menciona sus puntos flacos. Cf. su brillante ensayo *Ilusiones sobre la consolidación*, en: NUEVA SOCIEDAD, N.º 144, julio/agosto de 1996, pp. 70-89; O'Donnell, *Rendición de cuentas horizontal y nuevas poliarquías*, en: NUEVA SOCIEDAD, N.º 152, noviembre/diciembre de 1997, p. 153 sq.; O'Donnell, *Estado, democratización y ciudadanía*, en: NUEVA SOCIEDAD, N.º 128, noviembre/diciembre de 1993, pp. 62-87. También es sugerente el ya citado trabajo de

Samuel P. Huntington, op. cit. (nota 2): Aunque Huntington parte acriticamente de la democracia representativa actual en cuanto paradigma atemporal de evolución histórica, admite que la introducción de modelos democráticos en países del Tercer Mundo puede generar condiciones de anomia colectiva («todo vale», desintegración de los lazos primarios y de la moralidad pública) y concitar además el ascenso al poder de grupos populistas y fundamentalistas anti-occidentales (pp. 6-8). Cf. asimismo Edelberto Torres-Rivas, *América Latina. Gobernabilidad y democracia en sociedades en crisis*, en: NUEVA SOCIEDAD, N.º 128, pp. 88-101, donde el autor esboza una tesis muy interesante: la desconfianza hacia la política en general se traslada como desconfianza hacia la democracia en particular.

¹⁰ Cf. la obra que no ha perdido vigencia: Jürgen Habermas, *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft* (Cambio estructural de la opinión pública. Investigaciones en torno a una categoría de la sociedad burguesa) [1962], Neuwied/Berlin: Luchterhand 1965, pp. 14, 109-115, 147-150, 156, 174-176, 192.

¹¹ Hans Jonas, *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation* (El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica) [1979], Frankfurt: Suhrkamp 1984, p. 55.

¹² Cf. Danilo Cruz Vélez, *El ocaso de los intelectuales* (entrevista con Rubén Sierra Mejía), en: CIENCIA POLITICA (Santafé de Bogotá), N.º 46, abril/junio de 1997, p. 86.

¹³ Wolfgang Mommsen, op. cit. (nota 5), pp. 41 sq., 41-71, 126 sq.-Wolfgang Schluchter demostró que no se puede eliminar del todo la necesidad del decisionismo —la elección existencial entre alternativas, todas ellas relativas—, pero que se lo puede domesticar, colocando las cuestiones teóricas y prácticas en un contexto argumentativo y obligando a la opción práctica preferida a someterse al tribunal de la crítica. Aquí hay que acotar, empero, que esta concepción se aleja definitivamente del positivismo convencional y se acerca a la clásica fundamentación racionalista de la ética. Cf. W. Schluchter, op. cit., (nota 4), p. 254 sq.

¹⁴ Yehezkel Dror, *Propuestas para el nuevo milenio*, parte I, en: PERFILES LIBERALES (México), vol. 11, N.º 53, mayo/junio de 1997, pp. 68-70.

¹⁵ *Ibid.*, p. 71.

¹⁶ Cf. testimonios de varios ámbitos geográficos: Václav Havel / Václav Klaus / Petr Pithart, *Civil Society after Communism*, en: JOURNAL OF DEMOCRACY, vol. 7, N.º 1, enero de 1996, pp. 12-23.

¹⁷ Panajotis Kondylis, *Der Niedergang der bürgerlichen Denk- und Lebensform. Die liberale Moderne und die massendemokratische Postmoderne* (La decadencia de las formas burguesas de pensamiento y vida. La modernidad liberal y el postmodernismo de la democracia de masas), Weinheim: VCH 1991, p. 287. Sobre la diferencia fundamental entre liberalismo y neoliberalismo cf. el número monográfico de METAPOLITICA. REVISTA TRIMESTRAL DE TEORÍA Y CIENCIA DE LA POLITICA (México), vol. 2, N.º 6, abril/junio de 1998.

¹⁸ Poder, dinero y prestigio conforman desde la Antigüedad clásica los valores normativos de los políticos que

exhiben propensiones anti-aristocráticas y dicen representar los intereses de grupos emergentes de los estratos medios y bajos. *Prestigio* abarca también el significado de fascinación mágica, ilusión y hasta engaño –además del de autoridad o reputación–, atributo muy importante para los políticos de todas las épocas y latitudes.

¹⁹ En el Perú el autogolpe del Presidente Alberto Fujimori en abril de 1992 abarcó la disolución del Parlamento y de la Corte Suprema de Justicia, las dos medidas más aplaudidas y apoyadas por el grueso de la población. El «nuevo» aparato judicial está conformado, empero, casi totalmente por los antiguos jueces y funcionarios, cuyos niveles de corrupción y corruptibilidad han ascendido en los últimos años. El «nuevo» parlamento denota los mismos defectos que el anterior, además de un marcado descenso en la calidad del debate.- Sobre el marco general de la situación peruana cf. Romeo Grompone, *El reemplazo de las élites políticas en el Perú*, en: NUEVA SOCIEDAD, N.º 144, julio/agosto de 1996, pp. 114-125.

²⁰ Cf. *Pobre gestión parlamentaria: el naufragio de los uninominales*, en: LA RAZON (La Paz) del 14 de diciembre de 1997, p. A 23; *Cuatro meses de gestión en la Cámara Baja: Las comisiones no trabajaron con todo su nuevo potencial*, en: *ibid.*, p. A 24 (con opiniones idénticas de políticos de la coalición gubernamental y de partidos de la oposición). Sobre la situación político-institucional boliviana cf. la visión de conjunto: René Antonio Mayorga, *Reforma política y consolidación de la democracia en Bolivia*, en: Gabriel Murillo (comp.), *Hacia la consolidación democrática andina: transición o desestabilización*, Bogotá: Universidad de los Andes 1993, pp. 15-79.

²¹ Cf. Peter Waldmann (comp.), *Justicia en las calles. Ensayos sobre la policía en América Latina*, Medellín: Dike 1996.

²² Cf. Eduardo Gudynas, *Los malentendidos del desarrollo sustentable*, en: TIERRA AMIGA (Montevideo), N.º 22, 1994, pp. 50-53.

²³ Hans Magnus Enzensberger, *Mittelmass und Wahn. Gesammelte Zerstreuungen* (Mediocridad y locura. Distracciones reunidas), Frankfurt: Suhrkamp 1991, p. 127, 135.

²⁴ Claus Offe, *Entrevista con Rudolf Maresch*, en: DIALOGO CIENTIFICO (Tübingen), vol. 6 (1997), N.º 1, p. 119.

²⁵ Cf. la interesante obra de Stefan Breuer, *Die Gesellschaft des Verschwindens. Von der Selbstzerstörung der technischen Zivilisation* (La sociedad de la desaparición. Sobre la autodestrucción de la civilización técnica), Hamburgo: Junius 1993, p. 25; cf. asimismo Richard Sennett, *Verfall und Ende des öffentlichen Lebens. Die Tyrannei der Intimität* (Decadencia y caída de la vida pública. La tiranía de la intimidad), Frankfurt 1983; H. Kuzmics, *Der Preis der Zivilisation* (EL precio de la civilización), Frankfurt/New York: Campus 1989; C. Leipert, *Die heimlichen Kosten des Fortschritts* (Los costes secretos del progreso), Frankfurt 1989.

²⁶ Fernando Mires, *El discurso de la naturaleza. Ecología y política en América Latina*, San José: DEI 1990, p. 150 sq.

²⁷ Cf. Claus Noé, *Der Staat darf nicht abdanken* (El Estado no debe abdicar), en: DIE ZEIT (Hamburgo), N.º 47 del 15 de noviembre de 1966, p. 4.

²⁸ Cf. Merle Fainsod, op. cit. (nota 3), p. 645 sq. (por ejemplo en todas las cifras normativas del programa del Partido Comunista de la Unión Soviética adoptado en 1961).

²⁹ La enorme fascinación que ejerce el llamado modelo asiático de desarrollo sobre la opinión pública latinoamericana –y también sobre los partidarios de una transición acelerada a una democracia modernizante– se debe a los siguientes factores: (1) combinación de un crecimiento económico acelerado con la preservación de pautas anti-individualistas y autoritarias de comportamiento (penalización informal del comportamiento deviante, ética laboral con reminiscencias calvinistas, integración de los individuos en comunidades que aparentan lazos primarios, como fábricas y aparatos administrativos con carácter familiar); (2) total desinterés por la conservación del medio ambiente y rápida destrucción de los ecosistemas, sobre todo de los bosques, en nombre del imprescindible progreso material (unido ésto a una concepción de que la naturaleza y los hombres son altamente resistentes a sobrecargas de toda especie); y (3) existencia de una democracia pluralista y representativa y del Estado de Derecho, pero socavados ambos por convenciones autoritarias de larga data, redes informales oligárquicas de poder efectivo y restricciones al funcionamiento del libre mercado de parte de prácticas mafiosas muy extendidas.

³⁰ Fernando Mires, *La revolución que nadie soñó o la otra modernidad*, Caracas: Nueva Sociedad 1996, p. 20 sq., 108 sq.

³¹ Fernando Mires, *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*, Caracas: Nueva Sociedad 1993, p. 63.- Cf. el testimonio de uno de los más altos dirigentes del Partido Demócrata Cristiano de Alemania y Primer Ministro de Sajonia: Kurt Biedenkopf, *Wachstum bis zur Katastrophe? (¿Crecimiento hasta la catástrofe?)*, en: DIE ZEIT (Hamburgo), N.º 40 del 26 de septiembre de 1991: «El mercado no puede solucionar ni la dimensión ecológica ni la dimensión social de la sociedad, pues el mercado no es ningún instrumento para la superación de problemas normativos».

³² Riccardo Petrella, *The Quest for Competitiveness and the Need for Economic Disarmament*, en: INTERNATIONALE POLITIK UND GESELLSCHAFT (Bonn), N.º 1, 1996, p. 7. Cf. también Arne Heise, *Der Mythos von «Sachzwang Weltmarkt». Globale Konkurrenz und nationaler Wohlfahrtsstaat* (El mito del «imperativo del mercado mundial». La competencia global y el Estado-providencia nacional), en: *ibid.*, pp. 17-22.

³³ Pierre Schori, *Después de la guerra fría: ¿Un nuevo conflicto Norte-Sur?*, en: NUEVA SOCIEDAD, N.º 142, marzo/abril de 1996, p. 159.

³⁴ Martín Hopenhayn, *Respirar Santiago*, en: NUEVA SOCIEDAD, N.º 136, marzo/abril de 1995, p. 51 sq.

³⁵ Desde el punto de vista postmodernista cf. William Rowe / Vivian Schelling, *Memory and Modernity. Popular Culture in Latin America*, Londres etc.: Verso 1991, p. 36 sqq.

³⁶ Cf. Alex Inkeless / Raymond A. Bauer, *The Soviet Citizen. Daily Life in a Totalitarian Society*, Cambridge: Harvard U.P. 1961, pp. 77-80, 83 sq., 246 sqq., 381.

³⁷ Aunque el concepto clásico de virtud cívica se halla en total declinación y olvido, no es superfluo recordar su relevancia en el marco del debate sobre la transición democrática debido a su conexión con la ética social. Sin caer en un pesimismo liminar, se puede decir que la eliminación de la virtud cívica es siempre una posibilidad concreta, mientras que la vigencia de la misma representa un fenómeno poco común. Las virtudes asociadas a la moral colectiva, sin las cuales una convivencia democrática perdurable resulta ser improbable, parecen ser precarias y poco difundidas en comparación con el cinismo de los mediocres y la indiferencia de las masas.

³⁸ Grupos sociales de bajos ingresos, educación incompleta y exposición masiva a los medios de comunicación contemporáneos son los más proclives a exhibir pautas autoritarias de comportamiento. Cf. el brillante estudio basado en una amplia investigación empírica: Michaela von Freyhold, *Autoritarismus und politische Apathie. Analyse einer Skala zur Ermittlung autoritätsgebundener Verhaltensweisen* (Autoritarismo y apatía política. Análisis de una escala para averiguar los comportamientos autoritarios), Frankfurt: EVA 1971, pp. 11 sq., 17 sq., 33-44, 73 sqq., 137-160, 244-246.

³⁹ Theodor W. Adorno et al., *The Authoritarian Personality* [1950], New York: Wiley 1964, t. I, p. IX, 228.

⁴⁰ Cf. Donald L. Horowitz, *Democracy in Divided Societies*, en: JOURNAL OF DEMOCRACY, vol. 4, N.º 4, octubre de 1993, pp. 18-38 (número monográfico dedicado a «The Challenge of Ethnic Conflicts»); Bernard Lewis, *Islam and Liberal Democracy. A Historical Overview*, en: JOURNAL OF DEMOCRACY, vol. 7, N.º 2, abril de 1996, pp. 53-63; Guy Hermet, *Le retour du nationalisme*, en: REVUE FRANÇAISE DE SCIENCE POLITIQUE (París), vol. 42, N.º 6, diciembre de 1992, pp. 1042-1047 (sobre el nacionalismo como factor integrativo y homogeneizante de los procesos de modernización); Claus Offe, *Vers le capitalisme par construction democratique?*, en: REVUE FRANÇAISE DE SCIENCE POLITIQUE, op. cit., pp. 923-942 (sobre el nacionalismo y el fundamentalismo como sistemas homogeneizadores que tratan de encubrir una realidad antagonica).

⁴¹ La importancia excesiva atribuida al factor institucional queda patente cuando un analista afirmó que «[...] el marco institucional es el que ha permitido o impedido la emergencia del fenómeno de la antipolítica» (p. 73); o: «[...] los avances de la antipolítica en Perú y Brasil remiten a mecanismos y condiciones institucionales 'propicias': sistemas de partidos en descomposición, multipartidismo fragmentado, gobiernos divididos [...]» (p. 18). René Antonio Mayorga, *Antipolítica y neopopulismo*, La Paz: CEBEM 1995. Este autor construye una relación de causa y efecto entre el «sistema presidencialista de gobierno, proclive a la personalización de la política», y el surgimiento de corrientes neopopulistas y antipolíticas (p. 35).

⁴² Norbert Lechner, *Reflexiones sobre estilos de desarrollo y visiones del futuro*, en: Enzo Faletto / Gonzalo Martner (comp.), *Repensar el futuro. Estilos de desarrollo*, Caracas: Nueva Sociedad/UNITAR/PROFAL 1987, pp. 25-27.

⁴³ En el mejor de los casos persiste la muy difundida opinión de que la política continúa siendo un asunto de

élites privilegiadas, «una democracia de oligarquías competitivas». Ezequiel Raimondo / Fabián Echegaray, *Repensando la democracia desde el ajuste: una perspectiva crítica*, en: NUEVA SOCIEDAD, N.º 113, mayo/junio de 1991, pp. 84-90.

⁴⁴ Cf. Michael Th. Greven, *Ist die Demokratie modern? Zur Rationalitätskrise der politischen Gesellschaft* (¿Es moderna la democracia? Sobre la crisis de la racionalidad de la sociedad política), en: POLITISCHE VIERTELJAHRESSCHRIFT, vol. 34, N.º 3, septiembre de 1993, pp. 399-413.

⁴⁵ Un ejemplo claro de esta tendencia es la obra de Werner Becker, *Elemente der Demokratie* (Elementos de la democracia), Stuttgart: Reclam 1985; cf. también Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile: FCE 1990.

⁴⁶ Cf. Aníbal Romero, *Teoría de la disolución social*, en: CIENCIA POLITICA (Bogotá), N.º 46, abril/junio de 1997, pp. 37-41; y la espléndida obra de Wolfgang Kersting, *Thomas Hobbes zur Einführung* (Introducción a Thomas Hobbes), Hamburgo: Junius 1992, pp. 17 sq., 25-31, 101, 110 sq., 115 sq., 138 sq.

⁴⁷ Dominic O'Meara, *Der Mensch als politisches Lebewesen. Zum Verhältnis zwischen Platon und Aristoteles* (El Hombre como animal político. La relación entre Platón y Aristóteles), en: Otfried Höffe (comp.), *Der Mensch – ein politisches Tier? Essays zur politischen Anthropologie* (El Hombre-un animal político? Ensayos sobre antropología política), Stuttgart: Reclam 1992, p. 18 sq.

⁴⁸ Herfried Münkler, *Politische Tugend. Bedarf die Demokratie einer sozio-moralischen Grundlegung?* (La virtud política. ¿Requiere la democracia de una fundamentación socio-moral?), en: H. Münkler (comp.), *Die Chancen der Freiheit. Grundprobleme der Demokratie* (Las oportunidades de la libertad. Problemas básicos de la democracia), Munich: Piper 1992, p. 28, 36 sq.

⁴⁹ Jürgen Habermas, *Theorie des kommunikativen Handelns* (Teoría de la acción comunicativa), Frankfurt: Suhrkamp 1981, vol. I, p. 28.-Cf. también J. Habermas, *Der philosophische Diskurs der Moderne* (El discurso filosófico de la modernidad), Frankfurt: Suhrkamp 1985, p. 137 sq.: Basándose en la autorreflexión de las ciencias, Habermas cree posible rescatar en cuanto ideas normativas no sometidas a un cuestionamiento permanente los fundamentos universalistas de la moral y el derecho, las constituciones modernas, la conformación democrática de la voluntad política y el individuo con su identidad inconfundible y su invulnerabilidad liminar.- Para una crítica brillante de esta posición cf. Albrecht Wellmer, *Endspiele: Die unversöhnliche Moderne* (Juegos finales: la modernidad irreconciliable), Frankfurt: Suhrkamp 1993, p. 162: la comunicación ideal se asemeja a un nirvana budista.

⁵⁰ Octavio Paz, *La democracia: lo absoluto y lo relativo*, en: VUELTA (México), N.º 184, marzo de 1992, p. 14.

⁵¹ Las masas tenían antes vergüenza de su vulgaridad; ahora proclaman orgullosamente su «derecho a la vulgaridad» y tratan de imponerlo (exitosamente) dondequiera; además: las masas disfrutaban de un notable bienestar material, pero desprecian los esfuerzos científicos y teóricos que son la precondition del avance técnico. El narcisismo

de estas masas educadas sólo técnicamente – pero con un exitoso barniz modernizador – está contrapuesto a la austeridad, auto-exigencia y autodisciplina del Hombre

selecto. Cf. José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* [1937], Madrid: Espasa-Calpe 1964, p. 42, 72 sq., 77.

